



**Luz del bosque**, 2015. Óleo sobre lienzo, 65 x 92

los distintos aspectos de su naturaleza, a veces conservando referencias formales y cromáticas que acaso puedan ser más identificables, y en otras ocasiones fragmentándolas tanto como la percepción anticipada lo llegue a permitir, alternancia de modos que usará Salavera en los años siguientes para reconocerse en los argumentarios visuales de su propio pasado o seguir avanzando por un camino incierto, de imágenes abstrusas y formas divididas y colores insólitos y emociones dispares, que no termina nunca.

A lo largo del último lustro Eduardo viene desarrollando la parte más sustancial de su pintura tanto revisitando con frecuencia variable los depurados territorios de un siempre renovado neocubismo y los no menos actuales predios del postimpresionismo salaveriano, que tiene más de lo segundo que de lo primero y reaparece siempre con inesperada rotundidad plástica, como recordando los aromas y el aire y la luz y el silencio detenido en el tiempo de sus fabulaciones ancestrales, aunque resulte palmario que, a estas alturas de su carrera creativa y su experiencia vital, sigue buscando a través de la cotidiana práctica de la pintura no sólo el conocimiento de la esencia fundamental y los secretos finales de la misma, sino también y sobre todo el íntimo reconocimiento de su propia naturaleza, como persona y como artista, mientras continúa recreando el eterno retorno de todos los paisajes (a veces con figura) por los que se produce, fluye, transcurre, oculta y manifiesta el hermoso estupor llamado vida.

**Rafael Ordóñez Fernández**

## LA LONJA. Zaragoza

9 octubre 2015–10 enero 2016

Plaza del Pilar, s/n  
50003 Zaragoza  
tel. 976 397239  
www.zaragoza.es

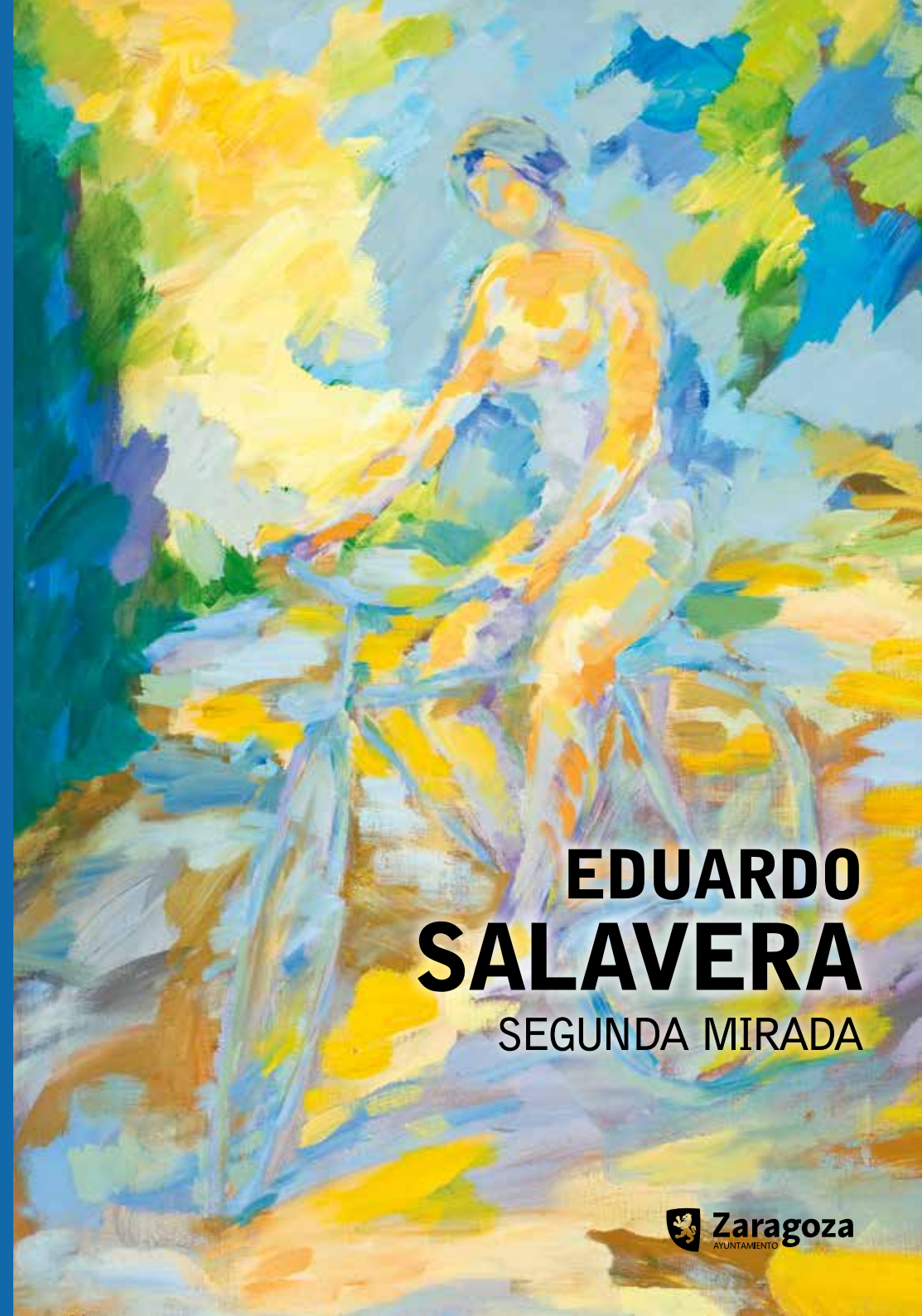
### Horario

Laborables, de 10 a 14 h y de 17 a 21 h  
Domingos y festivos, de 10 a 14,30 h  
Lunes, cerrado

### Aforo limitado

El acceso al público se interrumpe  
30 minutos antes del cierre  
de la exposición

**Elegía a la chica de la bicicleta**, 1989  
Acrílico sobre lienzo, 116 x 89  
(fragmento)



# EDUARDO SALAVERA

## SEGUNDA MIRADA

## Memoria presentida del paisaje (a veces con figura)

Como las de todos los españoles nacidos en la inmediata posguerra, las experiencias vitales de Eduardo Salavera Moreno (Zaragoza, 1944), que es uno de los más conspicuos representantes aragoneses de la pintura sin adjetivos, estuvieron marcadas por la ominosa época franquista, pero tan adversas circunstancias no le impidieron disfrutar cada verano los secretos placeres de la infancia en las huertas y sotos de Alfocea, vastísimo universo vegetal y acuático donde aprendió a discernir la endémica mudanza de la naturaleza, la fragante memoria de los descubrimientos primigenios, y al fin la inacabable palpitación eterna del universo en torno.

De modo que cuando comienza a formarse como pintor en la academia de Alejandro Cañada, ya cuenta con ese bagaje natural de experiencias visuales y sensitivas que serán determinantes para su trayectoria pictórica, iniciada en la década de los setenta con un conjunto de piezas (que denotan la herencia neocubista y la formación clásica recibidas y bien asimiladas) en cuya resolución ensaya los volúmenes facetados, la diversidad cromática, la simplificación del dibujo, el aligeramiento de las formas en figuras esenciales sobre fondos geométricos, la búsqueda de argumentos que respondan a sus inquietudes sociales e ideológicas.

**Meditación en Helios (Sedile aranciato)**, 1985  
Acrílico sobre lienzo, 130 x 162. Cortes de Aragón



**Plática de náyades**, 1992. Óleo sobre lienzo, 130 x 97

Esas inquietudes las desarrollará de manera específica en la segunda mitad de los años setenta (en 1975 es uno de los fundadores del Colectivo Plástico de Zaragoza, en el que permanecerá hasta su disolución en 1979), focalizando su discurso ético y estético en una serie de pinturas cuya temática gira en torno a los aspectos más censurables de las jerarquías eclesiásticas, obras que, al margen de su evidente intención crítica e incluso satírica, revelan el laborioso acercamiento del artista hacia una práctica de la pintura cada vez más centrada en indagar los valores específicos y distintivos de la disciplina.

Desde comienzos de los ochenta, mientras avanza la transición política del país, la pintura de Eduardo se va liberando de rémoras academicistas y aproximándose a concepciones esquemáticas, opulentas pero esenciales, en la construcción de la figura humana o a composiciones cercanas al postimpresionismo, aunque Salavera les imprimirá enseguida el sello inconfundible de su propio lenguaje, de modo que muy pronto, y a lo largo de la segunda mitad de la década, el paisaje adquiere carta de naturaleza como testimonio de la experiencia visual y lumínica recordada, es decir, de la memoria presentida que emerge como un fragmento de vida para cuya recreación, o más bien invención pictórica, el artífice abstrae las pulsiones sensitivas y emocionales

de una realidad que ha sentido en algún momento de su existencia y evoca de manera intuitiva pero que no pretende reproducir, y menos aún copiar, en absoluto.

Durante la primera parte de los noventa prevalece el interés del pintor por las figuras humanas en diferentes manifestaciones, que se vinculan a la música y los argumentos y personajes mitológicos; y en la segunda comienza a desarrollar un extenso repertorio de paisajes, cada vez más fragmentarios, geometrizados con extrema naturalidad y cercanos a formulaciones expresamente abstractas, en los que las potenciales figuras han sido elididas por completo o se mimetizan tan eficazmente con el palpito y la temperatura visual del entorno que sólo se advierten en la segunda o sucesivas miradas.

Con el comienzo del nuevo siglo, Salavera se centra en recorrer y revivir las dos riberas zaragozanas del Ebro, en una suerte de repristinación, en la madurez, de su descubrimiento del universo vegetal y acuático del río en Alfocea cuando los luminosos veranos de la infancia, retorno a las experiencias iniciáticas que dará lugar a uno de los periodos más consistentes y valiosos de su trayectoria creativa, culminada entonces con una epifanía de porciones de vida que construye de nuevo en los límites mismos de toda la memoria presentida, mediante una vigorosa fragmentación de los recuerdos visuales, hasta llegar a la reformulación de la experiencia pictórica como inagotable medio de conocimiento e ilimitada fuente de placer.

El resto de esa primera década de la centuria girará en torno al río (y ya no sólo el Ebro) como referente y catalizador de

**Arbustos de ribera**, 2007. Óleo sobre lienzo, 89 x 116

